

# DANZA DE LA MUERTE EN LA LAVANDERÍA

PEDRO MOLINA TEMBOLEY

ANTIGUA IMPRENTA SUR, MÁLAGA 2014

*Danza de la muerte en la lavandería*

Pedro Molina Temboury

publicado en 2014 en la Colección Cazador de Nubes

Edición no venal de la Antigua Imprenta Sur,

Centro Cultural de la Generación del 27. Málaga

Edición digital 2017 [www.pedromolinatemboury.es](http://www.pedromolinatemboury.es)

Para Kiko, en su sueño.

Fuera del bar el agua batía contra la playa,  
se derramaba en medio de la noche con un estruendo  
como de alcohol adulterado,  
remontaba las dunas empapándolas de la más negra oscuridad,  
y entonces dentro alguien le dijo al barman  
que ya bastaba de esa música, que era maravillosa  
y a la vez de una monotonía insufrible,  
que resultaba insoportable como el mar  
rompiendo una y otra vez contra la puerta de la discoteca  
y bueno, todos esos tipos en la barra  
embrutecidos por la música, absortos  
como si levitasen golpeando sus talones al unísono  
de una forma caótica,  
sin ninguna gracia, de veras  
pero era peor el mar  
arrastrando en la noche los ruidos de su estómago enfermo  
hasta la misma puerta del local,  
y de qué hablábamos entonces  
si la inundación era inminente,  
si la marea barría de lado a lado

y ni siquiera las mejores intenciones aplacaban  
los terribles presagios  
que podían leerse como en un libro abierto  
en los ojos del barman, en las manos del barman  
cuya precisión era demasiado exacta  
para no sospechar que las moviese  
conforme a un plan trazado milimétricamente,  
y si la música estaba no era casualidad,  
tampoco las sirenas cantaban esa noche  
y el mar lamía las dunas hasta casi licuarlas de placer,  
ni nosotros estábamos allí para estar todo el tiempo  
golpeando los pies contra el piso gastado  
de nuestros propios golpes, como si tal cosa,  
"A mí me gusta", dijo el barman,  
y parecía que no había dicho nada  
aunque el tipo que le estaba mirando  
sintió un deseo acuciante  
de pegarle una hostia pero la melancolía se lo impidió,  
y además que la música no era cuestión de gustos  
ni en general nada esa noche,  
porque hasta el mundo se había quedado inmóvil,  
detenido en el movimiento continuo, sedante,  
del mar yendo y viniendo,  
y nosotros con él, espléndidos en nuestra determinación  
de sobrevivir al naufragio, a toda mutación,  
y dentro de cada uno de nosotros hervía también un mar  
de emociones y sentimientos solapados,  
apenas perceptibles  
en nuestra manera de golpear contra el suelo del bar,

también un mundo en cada uno  
aunque prefiriésemos no hablar de ello,  
y habíamos bebido demasiado, habíamos tomado cada uno  
su dosis de estupefacientes, anestésicos o alucinógenos  
pero eso era un asunto privado como la noche,  
como la sincronía de nuestros pies  
y las sirenas angustiadas  
que nos mordían en los zapatos para intentar calmar  
su melopea incurable,  
y las dunas gimiendo de placer  
y la manera propia de agonizar y la música  
y las manos del barman cuya precisión  
era de una imbecilidad infinita  
como el mundo encerrado en cada uno de nosotros,  
como el agua batiendo en medio de la noche,  
como el tiempo  
perdido en una discoteca a la orilla del mar.  
Al fin y al cabo, a quién le importa.

Ella bailaba sola en medio de la pista,  
de repente una mujer desconocida  
que había venido para meterse sin saberlo  
en nuestra boca de lobos excitados por el mar y la noche,  
acaso porque era demasiado joven  
y creía todavía en la inocencia del baile  
quizás porque pensaba que podía dejarse traspasar  
por la música y escapar de la atmósfera violenta y cálida  
que la propia música desataba en nosotros,  
y así fue como saltó la primera dentellada,  
el deseo desbocado bajo los focos, bajo el vértigo  
de los haces de luz,  
y así la bailarina giró su mano izquierda  
y paró el golpe con el aletear de un abanico,  
para seguir después bailando sola  
mientras se abanicaba el cuerpo como si lo envolviese  
con el escudo de un plumaje invisible,  
como si fuesen alas de una mariposa  
que zigzagueasen en la oscuridad,  
hasta que el tipo que primero había querido poseerla  
dejó caer los brazos y empezó a sollozar

porque había leído en el abanico su destino  
y no había en él nada de valor, ni un instante sublime,  
y a cada golpe de abanico  
iba haciéndose más y más evidente  
que ninguno era digno de compartir el baile con la mujer  
porque en realidad todos estaban muertos  
y a cada golpe de abanico nacía un nuevo cadáver  
fabricado de la misma falta de sustancia que los demás,  
mientras la bailarina seguía bailando,  
daba vueltas bajo los focos  
como un insecto a la deriva enloquecido por la luz,  
y el tipo que había estado llorando  
dejó súbitamente de llorar  
y se acercó y me dijo que había tenido una visión  
y ahora sabía que ella no era tal y como parecía ser,  
que por más que moviese las alas como un pájaro  
de mal agüero,  
en verdad no era un pájaro  
sino un espíritu errante condenado a vagar por el mundo,  
y por eso bailaba y seguiría bailando para siempre  
a no ser que uno de nosotros se decidiese  
a redimirla de su condena,  
"Es un alma perdida", concluyó,  
y el comentario era absurdo viniendo de alguien  
que estaba más muerto que vivo,  
como también era extraña la forma en que bailaba  
abanicándose la mujer,  
pero no tuve mucho tiempo para pensar en ello  
porque en ese momento la bailarina me miró



y comenzó a desplegar el abanico ante mis ojos  
para que yo también pudiese conocer mi futuro  
en el movimiento de sus alas, en los élitros centelleantes  
que giraban más y más velozmente,  
"Siempre creí que vendrías a pedírmelo en una bandeja  
de plata", le dije tratando de bromear,  
pero lo cierto es que estaba temblando de miedo  
y cada vez que ella abría y cerraba el abanico  
veía como me salpicaba un mar de sangre.

De todos los pecados que he cometido  
el primero fue haber deseado el amor de mi padre  
que era Dios y por lo tanto no podía amarme  
porque tenía que repartir su amor  
entre todas las criaturas de su creación,  
y aunque yo me ocultase debajo de su trono  
para tentar las almas de sus mártires  
y robarle las sobras de su gloria,  
eso ni siquiera llamaba la atención de mi padre  
porque le parecía justo y acorde  
con mi condición de predador omnívoro  
y estaba en la naturaleza de las cosas,  
y ni en la gula ni en la ira ni en la soberbia  
tenía ninguna posibilidad de competir con él,  
ni en la envidia que era un factor benéfico  
para la selección de las especies  
o la lujuria que era siempre de segunda mano  
porque él lo había deseado todo antes que yo,  
y la pereza que era simple entropía  
y todo lo demás en su perfecto orden,  
bajo su ley pesada como un manto de plomo,  
como una tumba faraónica  
cuya profanación fuera un crimen forzado y sin grandeza

puesto que como todo el mundo sabe  
los profanadores de cadáveres  
no son más que tristes psicópatas  
sin responsabilidad alguna de sus actos,  
y así la cifra de mis delitos y mis faltas  
se diluía en el mar de su clemencia  
y por más que me ocultase en el último rincón de sombra  
él lo iluminaba con su luz  
y la multiplicaba diabólicamente sobre mí,  
trivializaba el crimen  
al negar su originalidad, lo hacía pequeño  
aunque la culpa siguiese siendo inmensa y oscura  
como la noche de la primera negación,  
cuando todavía el cielo era virgen y negro  
y las estrellas se encendieron de golpe  
para alumbrarme y condenarme  
por todos los pecados del hombre,  
para volver más grande mi vergüenza  
cuanto mayor su infinita misericordia,  
su compasión clavada en mí como una señal indeleble,  
como una marca de familia  
que ningún agua podría nunca lavar,  
ni todas las renunciaciones ni mortificaciones  
ni las travesías por los desiertos  
donde el eco me devolvía mi voz suplicando el perdón,  
padre, perdóname mi desvarío  
que es el deseo de ser  
y la belleza que he negado mil veces,  
no me señales con tu dedo terrible que es peor

que la muerte,  
absuélveme de toda inteligencia  
donde los monstruos duermen esperando su forma,  
líbrame de tu pasión que es un cáliz  
en el que la sangre se mezcla con la sangre  
y no deja vivir,  
padre, sé muy bien lo que quieres,  
acaso no te basta mi agonía,  
he venido a cumplir tu voluntad,  
tan desnudo como si acabase de nacer, solo y desamparado,  
palpitante de amor  
como si fuese nuestra primera noche en el mundo.

Le dije, "Si eres un ángel  
muéstrate en todo el esplendor de tu gloria ",  
y luego ella comenzó a desnudarse,  
dejó caer los tirantes de su vestido  
y sus hombros brillaron casi fosforescentes  
como el crepúsculo en el horizonte del mar,  
se soltó el pelo  
y sus cabellos se derramaron por la espalda  
incendiando la noche con sus filamentos de medusa,  
fue desabotonando su camisa  
y los pezones se erizaron en su pecho  
como carbones encendidos, alimentados de su respiración,  
clavó sus pies desnudos en la arena  
y descubrió los muslos abiertos ante mí  
para mostrarme su flor negra,  
el prodigio de sus labios profundos  
entreabriéndose en las oscuridades de la vulva  
y su culo que se alzaba de pronto  
en sus cimas gemelas como un volcán recién nacido,  
y su ombligo y sus axilas y su cintura  
y todo su cuerpo desnudo,  
y todo su cuerpo chorreante en la orilla

como si viniese de nadar,  
de zambullirse en el agua rugiente, en el furor  
del oleaje,  
y todo su cuerpo empapado en la playa,  
húmedo de su deseo de mí, transfigurado  
ante mis ojos,  
y su virginidad hecha carne, su pureza  
encarnada en su vientre, su castidad carnívora,  
le dije, "Si eres un ángel, abrásame  
en el fuego de tu pasión, asciéndeme a los cielos  
del éxtasis"  
y mi boca se llenó de su flujo  
que era el mismo flujo del mar, probé su sexo  
que sabía a sexo de los ángeles  
y era un agua espesa y amarga que nunca calmaba la sed  
y su sudor que destilaba fiebres de locura  
y su saliva venenosa,  
lamí cada rincón, cada poro en su piel  
y supliqué que ella también  
lamiese y bebiese de mí, que comiese mi cuerpo  
hasta vaciarlo de toda identidad, de cualquier sombra  
de mí mismo,  
hasta volverme inmenso como el mar,  
hasta anular mis límites, hasta alcanzar el clímax  
de la consumación y de la muerte.  
"Estás borracho", dijo el ángel,  
"ni siquiera eres capaz de empalmarte" y se alejó de mí,  
abandonándome a mi destino,  
porque eso era todo lo que había venido a anunciarme.

Entonces un relámpago iluminó a mi espalda  
la bóveda celeste y al retumbar el trueno  
las estrellas apagaron sus luces en la noche  
y se alejó la luna  
suspendiendo la cuenta de los ciclos lunares  
en el seno de los océanos y en las entrañas de las mujeres,  
y estalló la tormenta  
mientras el tiempo se detenía sobre la playa  
como un inmenso pájaro de presa, como el peor  
de los augurios,  
y fue así como el mar se vació de repente  
sin que la lluvia lo llenase,  
y peces y delfines e incluso las criaturas abisales  
agonizaron ante mí,  
seres imaginarios  
y los que nunca nadie se atrevió a imaginar  
ni en las profundidades de los sueños  
varados en la orilla, todos muertos de sed  
y cada bestia con su número, y cada especie y cada género  
en la increíble obscenidad de la naturaleza  
copulando bajo la lluvia en su obsesión por perdurar,  
fornicando y engendrándose unos a otros  
sin el menor placer,  
multiplicándose sobre la arena,  
" Todo se ha consumado", dijo el barman  
cuando me vio de nuevo, " todo se ha consumado"

y sentí que un seísmo sacudía los cimientos del bar  
arrancaba puertas y ventanas  
derribando los focos en la pista, silenciaba la música  
mientras la lluvia se abría paso como un cliente indeseado,  
y no había nadie allí sino el barman mirándome  
porque todos los otros  
habían regresado a sus tumbas  
antes de ser crucificados por la primera luz,  
y no había nadie sino el barman  
que me estaba ofreciendo de beber, que me escrutaba  
como si pudiese medir en la palidez de mi rostro  
el diluvio de alcohol,  
los tragos incontables que me habían empujado hasta él,  
"Todo se ha consumado"  
dijo el barman y alzó su copa a la salud  
de los vivos y los muertos  
que erraban con nosotros esa noche,  
de los espectros y los ángeles,  
y bebió en homenaje a los espíritus visibles  
y a los invisibles,  
por los amores idos y los que ya nunca vendrían,  
por el fin de los tiempos  
y por su malograda juventud  
que era una burla del destino,  
" Todo se ha consumado", proclamó  
mientras abría una última botella  
y posaba su aliento ebrio sobre mí  
como si ungiere mi cabeza con su signo,  
"todo se ha consumado" y sus ojos ardieron en la oscuridad



"todo se ha consumado" y al decirlo  
se transformó en cuervo y en ratón y en serpiente,  
"todo se ha consumado" y me ofreció palparle  
los muñones resecos, las viejas cicatrices  
que una vez fueron alas,  
"Todo se ha consumado"  
miró el reloj el barman y después,  
abrazándose,  
me traspasó las llaves de aquel local infame  
y se marchó camino de un sueño sin retorno  
a un más allá improbable  
donde nunca hay resacas,  
al Paraíso, al Hades  
a la disco Nirvana  
donde dan barra libre y los bares no cierran  
ni las noches terminan.